

SOPLAN VIENTOS DE CAMBIO ©



Por Fede Lafuente.

Hace más de veinte años que escribí estas letras en la editorial de una de las revistas más populares del sector del culturismo y el entrenamiento, y releýéndolas me doy cuenta que desgraciadamente y después de todo este tiempo, tampoco han cambiado tantas cosas, y por eso he querido compartirlas de nuevo sin mover de lugar apenas alguna coma...

La calidad de nuestra existencia no debería medirse por la apariencia externa que podamos mostrar durante un determinado período de tiempo y, mal que nos pese, un exagerado desarrollo muscular no es sinónimo de salud. Incluso demasiadas veces deriva en todo lo contrario.

Pero al margen de estas consideraciones vitales, lo cierto es que cada mañana debemos encararnos con nosotros mismos frente al espejo, y del reflejo que éste desprenda depende en gran medida el grado de autoestima y la apreciación que la sociedad actual haga de nuestra valía. Podrá pareceros lamentable, pero la disparatada evolución de los condicionantes sociológicos ha puesto el mundo patas arriba, y la asociación al absurdo que se hace de la imagen con la capacidad profesional o personal incluso, es demasiado frecuente por desgracia.

Pero puestos a rizar el rizo, en nuestro particular mundo de hierros y sudor ocurre algo similar. Al parecer, dentro de la obligada clasificación de aquellos que ostentan un mayor o menor porcentaje de músculo, sólo los que rindan más de 100 kilos encima de una báscula y sus brazos superen de largo los cincuenta centímetros, estarán capacitados para discernir el bien del mal y serán

susceptibles de ser escuchados con suma atención por todo aquel que esté interesado en extraer algo positivo de todo este conglomerado de métodos y sistemas de entrenamiento.

Por suerte, muchos de los atletas que cumplen –o se acercan– a los requisitos mencionados no opinan del mismo modo, y suelen ser los “parásitos” que rodean cualquier estamento de poder los que defienden a muerte el antedicho postulado. Dicho lo cual, y aunque el perímetro de mi brazo no supere aún los cuarenta y cinco centímetros, vais a permitirme que me atreva a opinar que el culturismo debería volver a su antiguo cauce y desarrollar su trayectoria lejos de los abusivos estándares que hoy en día se establecen en la competición, tanto en lo que se refiere al tamaño muscular como a la excesiva definición. Las premisas elementales que inspiraron la cultura del hierro se han perdido en el camino, y si alguna vez esta actividad pudo haber sido adjetivada como “deportiva”, os aseguro que en la actualidad cuesta reconocerla como tal. Y no me refiero al manido tema del dopaje, que incluso podría ser uno de los pocos elementos comparativos con cualquier otra disciplina reconocida olímpicamente. Os estoy hablando de principios básicos, consideraciones que tal vez a alguien que nunca haya compartido la inquietud colectiva que caracteriza los deportes de equipo le cueste reconocer, pero que incluso aquellos que han desarrollado su trayectoria atlética en disciplinas de naturaleza individual conocen a la perfección. Se trata tal vez de algo tan intangible como el espíritu de comunión, esa camaradería que en raras ocasiones se encuentra presente entre los bastidores de un evento culturista, y que es frecuente experimentar en los avatares de cualquier otro tipo de competición. Estoy convencido de que no somos un coto reservado, y de que en otras disciplinas existen atletas que observan esa misma actitud, pero a pesar de no saber definirlos exactamente, existen una serie de condicionantes que consiguen exacerbar el carácter individual de este deporte hasta llevarlo al límite del aislamiento. Ese secretismo absurdo, esas miradas de soslayo que pretenden atravesar las camisetas de sus oponentes, esa irreverente actitud de prepotencia, los personalismos, el egocentrismo... No lo sé a ciencia cierta, pero hay veces que se advierte una malsana rivalidad en el ambiente, y quizá sea esa la mayor dificultad con la que

podamos encontrarnos al tratar de unificar criterios y solidarizar esfuerzos en pos de una causa común a todos.

Después de muchos pesajes, de infinidad de horas entre bastidores, de observar la contienda desde el burladero, de convertirme en juez y parte del espectáculo; después de más de veinte años vinculado a este peculiar mundo del fisicoculturismo, sigo echando de menos la franca disposición de los contendientes a compartir sus experiencias, el sincero reconocimiento de los logros obtenidos, el calor humano de saberte respaldado... en fin, que desde mi particular punto de vista sigo teniendo la sensación de que el mero hecho de mover una ingente cantidad de hierro, someterse a una estricta y espartana dieta, y subirse a un escenario para mostrar el resultado no van a ser requisitos suficientes para conseguir el anhelado reconocimiento olímpico.

Tendremos que centrar nuestros esfuerzos en transmitir una imagen que vaya más allá del abombado pecho bajo la chaqueta de turno, que traspase las fronteras del "titulismo" y la etiqueta, que eluda los rocambolescos intereses partidistas, que propugne un desarrollo muscular civilizado, que mantenga una estricta política antidopaje, que evolucione a través de cauces federativos y no asociacionistas, pero por encima de todo que fomente actitudes francamente deportivas.

© Prohibida la reproducción total o parcial de este texto sin autorización expresa de su autor.